

Albergue de la fantasía, casa de duendes

Araceli Ardón

*P*ara entender el verdadero sentido de un parque basta con estarse quieto. No sólo hay que admirar la belleza de esas verdes catedrales que son los árboles, donde se offician los majestuosos ritos de la naturaleza que rinde su diario homenaje a Dios, cualquiera que sea nuestra idea de él. También se debe apreciar la intrincada, minuciosa y cada vez más estudiada función del laboratorio vegetal, transformador del aire al que enriquece y limpia. El profesor de biología puede hablar maravillado de la fotosíntesis y los ciclos del bióxido de carbono, mientras su alumna suspira porque presagia que en el tronco de ese fresno puede haber un corazón marcado con navaja, que albergue las dos precisas iniciales que le dan sentido a su adolescencia y erizan su piel.

Estarse quieto: olvidarse poco a poco del mundo exterior, el trabajo, las obligaciones, las enfermedades, esa carcoma del alma que se llama pena. Irse desprendiendo de los dolores, las preocupaciones y el cansancio. Cerrar los ojos. Abrir la mirada interior. Recorrer el cuerpo con el pensamiento, sentirse privilegiado de estar vivo.

Acto seguido, dejar fluir la conciencia. Sentir el silencio, oír los ruidos infinitesimales: el chasquido de las minúsculas ramas cuando caen al piso, el canto de los grillos, la caricia del viento en las hojas más lejanas; asistir al nacimiento de los tiernos brotes que surgen de los bulbos, ver que los montoncillos marchitos de ayer se han reunido con los de hoy para formar el humus legendario, como el que nos cobijará al morir, en otro parque con lápidas en el piso. Darse cuenta de que la vida es un soplo, que los años pasan y que los niños se vuelven viejos sin que apenas lo sintamos.

Los parques son lugares para aprender a vivir, jugar, amar y sentir. Donde dan sus primeros pasos los niños pequeños y se apagan las caminatas de los viejos. El espacio suspendido en el tiempo que tiene la magia de aislarnos de la arquitectura citadina. El libro de cuentos de hadas que se vuelven realidad.

Bruno Bettelheim, estudioso del comportamiento infantil, escribió un controversial libro sobre los efectos de las narraciones universales para niños, *La función del encantamiento – El significado e importancia de los cuentos de hadas*. Dice uno de sus párrafos: “Para que un relato atrape realmente la atención del niño, debe entretenerlo y atraer su curiosidad. Pero para enriquecer su vida, debe estimular su imaginación; ayudarle a desarrollar su intelecto y aclarar sus emociones; enfocar sus ansiedades y aspiraciones; dar un total reconocimiento a sus dificultades, y al mismo tiempo sugerir soluciones a los problemas que lo perturban”.

Es así que los libros tienen desde esta perspectiva un uso terapéutico, son un reducto de la fantasía, un escape de la realidad. Como los parques. También en ellos viven personajes siniestros que persiguen a los chiquillos con mayores habilidades para la invención; hay en el aire fantasmas, entre los arbustos duendes, de un árbol a otro se columpian los elfos, creaciones de la Península Escandinava que viajaron en páginas amarillentas y quebradizas a través de los siglos hasta llegar a todos los rincones del planeta, y que nos esperan entre la espesura de los libros, como entre las sombras de los bosques.

En el bosque inmemorial nacieron las viejas leyendas de las niñas perseguidas por lobos seductores y perversos; desde sus refugios, los leñadores venían a salvar a pequeños perdidos en zonas umbrías, o peor aún, dejados ahí por sus padres para ser devorados por las bestias, pues el paupérrimo matrimonio sufría la impotencia más grande que ha conocido el ser humano: no tener con qué alimentar a sus hijos, que lloran sin entender la causa de su hambre.

También los bosques albergan ninfas, que pueden ser dríadas o nereidas, y sílfides, seres fantásticos que son espíritus elementales del aire, según los cabalistas.

Por eso los parques nos subyugan. Por eso el Parque Juárez viene a ser el corazón de San Miguel: porque sus ramas y tierras son la perfecta metáfora de la poesía, y al caminar sus veredas adivinamos las miles de historias que contiene.

Los primeros meses de mi vida, hace ya más de cuatro décadas, transcurrieron muy cerca del parque. Pienso que aspiré su aroma mientras me cargaba mi padre, que tanto me amó y me ama todavía. Iba con nosotros una preciosa muchacha de veintiún años, que lo miraba amorosa con sus ojos azul turquesa, como lo mira todavía. Sólo por eso, por tenerlos cerca

para que me hablen de mi ciudad natal y de cómo vivimos felices en San Miguel, debo yo agradecer el haber nacido aquí. Gracias también a quienes me invitaron a formar parte de este homenaje hecho de palabras, tinta y papel, a ese otro libro infinito: el parque.